

Autor: Felipe Pereyra Rozas

Pertenencia institucional: Universidad Nacional de La Plata – IdICHS - CIEFI

Título: “Michel Foucault y Michel Pêcheux: Discurso, sujeto e ideología”

Mesa: 3. El esquivo objeto de la ideología

Dirección de correo electrónico: felipeprozas@gmail.com

Resumen:

En el presente trabajo nos proponemos explorar algunas intervenciones en torno a la relación entre discurso e ideología en el ámbito de la filosofía y el análisis del discurso. El concepto de “discurso” tensionó la problemática de la oposición “lengua/habla” que organizaba la reflexión estructuralista. Así, Benveniste (2011) define al discurso como el ejercicio de la lengua por los hablantes, introduciendo las condiciones extra-lingüísticas en las cuales el sistema de la lengua tiene su existencia real: el sujeto hablante, las evidencias, el contexto, etc. Pero, al mismo tiempo, esta noción benvenistiana de discurso resultaba un obstáculo. Efectivamente, la lingüística de la enunciación-discurso siguió todavía dentro de la problemática “lengua/habla” ya que tendió a entender a la enunciación como manifestación de la acción fundadora de un sujeto auto-constituyente. El objeto de nuestro trabajo se ubica exactamente en este punto, pues la corriente arqueológica del Análisis del Discurso, inspirada en los trabajos de Foucault, y la teoría materialista del discurso planteada por Pêcheux, se plantean como respuestas a este problema.

I. Introducción

En el presente trabajo nos proponemos trazar algunas coordenadas para ubicar el concepto de “discurso” en el marco de los encuentros entre filosofía, lingüística y ciencias humanas. El objetivo de nuestro recorrido será caracterizar las condiciones teóricas para una teoría materialista del discurso, tal como lo ha planteado Michel Pêcheux. A los efectos de realizar dicha caracterización tomaremos dos vectores. Por un lado, desarrollos de Michel Foucault, especialmente las reflexiones presentadas en la *Arqueología del saber*, marcaron de modo indeleble las reflexiones en torno al discurso al operar una deconstrucción de la problemática estructuralista de la oposición “Lengua/habla”. La introducción de conceptos como “práctica discursiva”, “formación discursiva”, junto con el desmantelamiento del soporte filosófico a partir del cual se pensaba el “sujeto de expresión”, ofrecen una base para una teoría de los discursos que pueda articular los desarrollos de la lingüística con un análisis de la producción de subjetividades. Sin embargo, los desarrollos de la *Arqueología del saber* dejaban algunos interrogantes abiertos en torno al modo en que las prácticas discursivas producen sus efectos sobre la práctica social. Es decir que no había allí una teorización del régimen de materialidad específico de lo discursivo.

Pêcheux comprende que esta ausencia en Foucault no se debe en absoluto a una inatención, sino que es una consecuencia necesaria de un vacío teórico. Este vacío en Foucault sería un producto de su alejamiento del marxismo. Así, para Pêcheux, una teoría materialista del discurso sólo es posible al interior del materialismo histórico, en tanto es esta ciencia la que ofrece una teoría de la articulación de las prácticas sociales. De modo que la noción de práctica discursiva termina por redefinirse en la medida que llega a formar parte de una constelación conceptual que incluye los conceptos de “ideología”, “formación ideológica”, “formación social”. Pero no se trata solo de especificar cómo un concepto está contenido dentro de otros más amplios, como si pudiera deducirse de los conceptos “superiores” las modalidades de una formación discursiva concreta. Lo que el materialismo histórico provee es un elemento crucial: una nueva concepción de la causalidad, un concepto de la “causalidad inmanente”.

En lo que sigue buscaremos dar cuenta de la dimensión del discurso como problema para la lingüística y punto de articulación con la filosofía. Para ello

comenzaremos por retomar la caracterización pecheutiana del corte saussiriano, punto en que se muestra el lugar problemático que ocupa la semántica, vector de entrada para las teorías filosóficas del sujeto. A partir de allí, intentaremos caracterizar las encrucijadas de la subjetividad en la problemática “lengua/habla” para mostrar como el concepto de discurso constituye el índice de una ruptura con dicha problemática. Teniendo esto en cuenta, buscaremos caracterizar los modos en que puede pensarse el régimen de materialidad de lo discursivo en la propuesta de Pêcheux por oposición al modo en que Foucault piensa el análisis del discurso.

II. La problemática saussuriana de la oposición “lengua/habla”

En un breve artículo de 1971 titulado “La semantique et la coupure saussirienne: Langue, langage, discours”, Pêcheux junto a dos de sus colaboradores, Paul Henry y Claudine Haroche, se interrogaban acerca del lugar de la semántica en la lingüística a partir de Saussure. En una coyuntura marcada por la importación del modelo lingüístico a las ciencias sociales, lo que vagamente puede llamarse la “coyuntura estructuralista”, estos autores encuentran que el empirismo que fuera rechazado por Saussure para establecer el corte entre lengua y lenguaje sobre el que se funda la lingüística, amenaza con retornar en la forma de la semántica, anulando así el descubrimiento saussuriano. En sus palabras, “*si la ruptura saussiriana fue suficiente para permitir la constitución de la fonología, la morfología y la sintaxis, no ha podido evitar el retorno al empirismo en la semántica*” (Haroche, Henry y Pêcheux, 1971: 94. Traducción nuestra). La semántica, para estos autores, no corresponde a la ciencia de la lingüística, sino que se encuentra llenando un vacío introducido por la ruptura saussuriana. Y como suele suceder con los lugares vacíos en el campo de las ciencias, éste es lugar de una lucha teórica y política.

La separación entre lengua y lenguaje, la distinción entre la lengua como sistema de valores puros y el lenguaje como formas empíricas por las cuales los individuos se comunican, es la condición absoluta de la constitución de la lingüística como ciencia. Dicha separación se sigue de aquello que para Pêcheux y sus colaboradores es el epitome de la ruptura saussuriana: *la subordinación de la significación al valor*. La idea del lenguaje como nomenclatura, que es el fondo ideológico a partir del cual se despega la posición de Saussure, lleva a la concepción según la cual el signo sería una etiqueta que se adosa a un mundo de significaciones objetivas dadas en su pura presencia. Nada más alejado de la posición saussuriana, para quien el signo es una realidad que no

contiene nada de sustancial ni positivo, sino que se define por su diferencia con los demás elementos del sistema¹. El carácter derivado de la significación la expulsa del terreno de la lengua hacia el habla. Pero justamente aquí comienzan las paradojas: si bien el valor es la condición de la significación, para Saussure la asociación entre valores y significaciones solo toma concreción y realidad en el habla entendida como el ejercicio individual de la lengua, dimensión asistemática de la cual no puede ofrecerse un estudio científico. En este sentido, Pierre Macherey afirma que:

...la lengua, impersonal por principio, presenta formas invariantes sometidas a regularidades directamente repetibles, sin discusión posible; mientras que el habla [parole], que presenta un carácter personal, introduce en el uso de la lengua [langue] un margen de variación que no puede controlarse objetivamente, en la medida en que ella depende de la intervención de los sujetos hablantes, eventualmente presa de las emociones, lo que da lugar a fenómenos relevantes para una perspectiva diferente que la gramatical, como por ejemplo la perspectiva que provee la retórica. Ésta es la razón por la que la lingüística no puede considerar el desacople [décalage] entre decir y querer decir, a riesgo de perder su carácter sistemático, su necesidad objetiva.

Aquí es donde Saussure deja abierta la puerta al retorno del subjetivismo: la semántica solo puede corresponder al plano de la historia, el habla y el sujeto. Esto es así en la medida en que Saussure concibe la significación en términos de ideas y, al no disponer de una teoría del modo de existencia de las ideas, estas sólo pueden ser individuales e interiores, productos de la conciencia reflexiva del sujeto libre de iniciativa creadora. El lugar que ocupa la analogía, designada por Saussure como el principio de las creaciones de la lengua, es en este sentido demostrativo. En efecto, lo que llena el vacío entre el sistema de la lengua y la historia efectiva de las prácticas del lenguaje es la analogía, la cual, para Saussure, “es de orden gramatical, supone la conciencia y la comprensión de una relación que une a las formas entre sí. Mientras que la idea no es nada en el fenómeno fonético, su intervención es necesaria en materia de analogía (...) es la obra ocasional de un sujeto aislado” (1985: 143).

1 Para Saussure, “encontramos en lugar de ideas dadas de antemano, valores que emanan del sistema. Cuando se dice que corresponden a conceptos se sobreentiende que éstos son puramente diferenciales. Cuando se dice que corresponden a conceptos se sobreentiende que estos son puramente diferenciales, definidos no positivamente por su contenido, sino negativamente por sus relaciones con los demás términos del sistema. Su más exacta característica es ser lo que los otros no son.” (1985:117)

Para ir al punto, y tomando prestado el lenguaje de Althusser, debemos decir que el lugar en que se abre nuestro problema es en la distinción entre objeto de conocimiento y objeto real. La lengua, en tanto sistema que da unidad al lenguaje, no es ella misma un objeto real, sino un objeto de conocimiento construido al interior de una práctica científica. El lenguaje, que para Saussure es la sumatoria entre la lengua y el habla, es el objeto realmente existente en el que pueden constatarse los efectos de la lengua pero no encontrarla. El problema que se abre es el siguiente: ¿cuál es el régimen de materialidad específico de la lengua en tanto objeto de conocimiento? Notemos la oposición entre objeto de conocimiento y objeto real no repite la relación entre idea y cosa. El objeto de conocimiento no es del orden de lo ideal; por el contrario, es material, aunque no tiene la misma materialidad que el objeto real en el cual los sujetos sufren sus efectos. La semántica, es decir, la cuestión de la relación entre sujeto, sentido y materialidad fónica, viene a recubrir la contradicción entre objeto de conocimiento y objeto real al modo de la ideología, es decir, al modo del desconocimiento.² Así, a la pregunta por el modo en que existe el sistema de la lengua en el terreno del lenguaje, la problemática “lengua/habla” nos responde mediante una noción empirista del sujeto (es decir, a la identificación del sujeto con todo individuo hablante concreto) y mediante la apelación a la evidencia del sentido (es decir, su carácter ideal e inmediato a la interioridad de la conciencia). Ahora debemos preguntarnos ¿Es posible responder a la pregunta por el sentido sin caer en el subjetivismo?

III. Discurso, ideología y sujeto

El concepto de “discurso” tensionó la problemática de la oposición “lengua/habla”, sin llegar a rebasarla decididamente. Por un lado, el concepto de “discurso” cuestiona a la concepción de la lengua como objeto ideológicamente neutro, ideal, y como sistema que debe explicarse por sí mismo, sin referencia a nada exterior (Lecercle, 2008). Así, Benveniste (2011) define al discurso como el ejercicio de la lengua por los hablantes, introduciendo las condiciones extra-lingüísticas en las cuales el sistema de la lengua tiene su existencia real: el sujeto hablante, las evidencias, el contexto, etc. Pero, al mismo tiempo, esta noción benvenistea de discurso resultaba un obstáculo. Efectivamente, el análisis de los deícticos como el lugar específico de

² Sobre la contradicción entre objeto de conocimiento y objeto real ver Althusser (2012) *Para leer El Capital* y (2017) *Ser marxista en filosofía*, y acerca de su aplicación al problema específico de la problemática “lengua/habla” ver Henry (1992) *A ferramenta imperfeita*, especialmente el prólogo.

emergencia del sujeto de la enunciación marcaba tanto la inscripción del individuo en el sistema de la lengua como la de la lengua en los procesos de interacción comunicativa. Esto implicó repensar al habla a partir de las reglas de la enunciación, relegando la concepción saussureana que la veía como asistemática e incognoscible. Sin embargo, la lingüística de la enunciación-discurso siguió todavía dentro de la problemática “lengua/habla” ya que tendió a entender a la enunciación como manifestación de la acción fundadora de un sujeto auto-constituyente (Karczmarczyk, 2014).

De este modo, se formaba tensión entre subjetividad y estructura que era el índice de un problema teórico: si la lengua sólo existe por los actos de enunciación de los sujetos, los individuos sólo pueden constituirse como sujetos del lenguaje en virtud de su inscripción en la lengua. Benveniste no podía hacer frente a este problema, pues no distingue suficientemente la noción empírica de individuo parlante concreto, psicológico y universal, con la noción abstracta de sujeto del discurso, que no es un individuo, sino una posición determinada en un campo discursivo atravesado por contradicciones ideológicas y de clase, y dominado a su vez por un campo de fuerzas que definen tanto las posiciones desde las que es posible enunciar como las reglas que sancionan lo decible en una coyuntura discursiva dada (Maldidier, Normand y Robin, 1972). En este punto se comprende que una teoría acerca del discurso depende de una teoría del sujeto y los procesos de subjetivación que incluya una distinción clara entre “individuo” y “sujeto”. En suma, resulta necesario romper definitivamente con la problemática de la oposición lengua/habla para pensar el discurso en el marco de la historia como un proceso no subjetivo en el cual, sin embargo, toma cuerpo la subjetividad.

Foucault (2008b, 1996) ha dado un paso decisivo para la deconstrucción de la problemática idealista del “sujeto de expresión”, que piensa al individuo parlante como vehículo de un sentido ya-dado en su interioridad que es expresado por el libre ejercicio de su voluntad a los fines de comunicar su intención (Castro, 1995). Foucault plantea entonces un nuevo objeto, ya no el discurso, sino las *prácticas discursivas*. La noción de “saber”, por su parte, remite a los mecanismos de sujeción que gobiernan lo decible en una “formación discursiva” (Castro, 2011). El concepto de formación discursiva, por último, nos indica la necesidad de pensar la unidad articulada de las prácticas discursivas con su exterior histórico, las prácticas no discursivas.

Sin embargo, debemos señalar que, aunque Foucault abre el camino para una teoría materialista del discurso al deconstruir la concepción idealista de sujeto que dominaba a la lingüística de la enunciación, sus formulaciones encuentran una serie de limitaciones que no le permiten desarrollar un momento constructivo. Siguiendo a Lecourt (2007), sostenemos que Foucault tiene un desarrollo no reflexivo de la problemática de la reproducción de las relaciones de producción, pues se plantea la cuestión de la relación entre discurso e historia, pero al modo de una “yuxtaposición”, sin determinar el modo específico en que se articulan. En este sentido, Foucault en *La arqueología del saber*, se encuentra falto de herramientas teóricas para pensar el proceso histórico por el cual los individuos son constituidos como sujetos de su discurso. Foucault llega a indicar un problema que no logra resolver: el problema de la articulación entre las prácticas discursivas y las prácticas no discursivas.

Para responder al problema de la articulación de las prácticas es necesario volver a Marx y, especialmente, a las elaboraciones althusserianas del concepto de ideología. En efecto, lo que nos indican Althusser y Marx es que los sujetos no son el dato, sino el efecto de esta relación compleja. Para aclarar este punto debemos mirar a las relaciones sociales de producción. Sabemos que toda sociedad, para seguir existiendo, debe reproducir sus condiciones de producción (Marx, 2012: 476). Sabemos también que la instancia económica de todo modo de producción consiste en la unidad entre las fuerzas productivas (medios de producción y fuerza de trabajo) y las relaciones existentes de producción (relaciones técnicas de producción y relaciones sociales de producción, por las cuales se combinan y ponen en funcionamiento las fuerzas productivas). En el nivel de las relaciones técnicas de producción nos encontramos con relaciones de apropiación/transformación que los agentes de la producción establecen con la naturaleza por intermedio de los medios de trabajo. Pero para asegurar la reunión entre la fuerza de trabajo, los medios de producción y la materia prima, los individuos deben ser previamente distribuidos en diferentes posiciones de la práctica productiva. Esta distribución se opera en el nivel de las relaciones sociales de producción, que establece la relación entre los agentes de la producción por intermedio de los medios de producción. Aquí notamos que los individuos se enfrentan no como simples personas, sino que son previamente dispuestos en relaciones desiguales respecto de los medios de producción, que en una sociedad de clases nos remiten a las posiciones de trabajador o no trabajador, propietario o no propietario, esto es, relaciones de clase. Resulta,

entonces, que el elemento determinante en toda formación social son las relaciones sociales de producción, pues sin ellas no pueden combinarse los elementos de las fuerzas productivas y no hay, por tanto, producción ni reproducción.

En efecto, todo proceso de apropiación/transformación de la naturaleza, por medio de los cuales se satisfacen necesidades “concretas” de individuos “concretos” y se reproducen las formaciones sociales, requiere de un desvío por leyes abstractas. Como vimos en el caso de las relaciones sociales de producción, las cuales combinaban los elementos de las fuerzas productivas para poner en funcionamiento el proceso de trabajo, las relaciones de los “sujetos” con las “cosas” y otros “sujetos” debían pasar por un elemento que dominaba esas relaciones. En el terreno de las relaciones técnicas de producción, los individuos deben hacer uso de determinados medios de trabajo, lo cual requiere de la diversa calificación de la mano de obra y la distribución de los trabajadores en diversos puestos de la organización técnica del trabajo (división entre trabajo intelectual y manual, puestos de mando y control, etc.). Pero esta distribución, que pareciera responder a exigencias puramente técnicas, tiene como su condición las relaciones sociales de producción, que implican el desvío de la relación entre los individuos por intermedio de los medios de producción. La relación entre los individuos, entonces, no es una relación entre sujetos: ella supone la previa relación, de propiedad o no propiedad, con los medios de producción, a partir de lo cual son puestos en diferentes clases. En vez de hablar de sujetos, Althusser piensa el problema en términos de forma-sujeto históricamente constituidas:

Todo individuo humano, es decir social, sólo puede ser agente de una práctica social si reviste la forma de sujeto. La “forma-sujeto” es en efecto la forma de existencia histórica de todo individuo, agente de prácticas sociales: puesto que las relaciones sociales de producción y reproducción comprenden necesariamente, como parte integrante, lo que Lenin llama “las relaciones sociales [jurídico-] ideológicas.” que, para “funcionar”, imponen a todo individuo-agente la forma de sujeto. Los individuos agentes actúan por lo tanto siempre en la forma de sujetos, en tanto sujetos. Pero que ellos sean necesariamente sujetos, no hace a los agentes de las prácticas sociales-históricas el, ni los sujeto(s) de la historia (en el sentido filosófico del término: sujeto de). Los agentes-sujetos sólo son activos en la historia bajo la determinación de las relaciones de producción y reproducción, y en sus formas (Althusser, 1974: 76/7)

En una concepción materialista de la abstracción, los sujetos sólo aparecen como una función de una legalidad previa, que domina sus relaciones. El término “sujeto” no es, entonces, una categoría básica, sino que sólo designa una función dentro de una práctica de transformación/apropiación de lo real. De allí la tesis althusseriana según la cual “la ideología es una “representación” de la relación imaginaria entre los individuos y sus condiciones reales de existencia”. Aquí “representación”, lo comprendemos, no puede significar la idea de un sujeto. “Representación”, en este esquema, aparece como organización y jerarquización de las abstracciones que dominan las diferentes prácticas sociales. Pero representación significa, además, un doble movimiento de reconocimiento/desconocimiento: reconocimiento del individuo con la ideología dominante (en la cual es previamente representado y en cuya representación de sí siempre se reconoce) y desconocimiento de la distribución de los individuos en diferentes posiciones de la práctica social. La noción de pensamiento queda, entonces, trastocada, puesto que la ideología no es una representación que exista en una conciencia, sino que la conciencia que un individuo tiene de sí existe en y por la ideología.

De modo que la ideología tiene una existencia material, es decir, es pura exterioridad. Althusser agrega dos sub tesis: 1) No hay práctica sino en y por una ideología y 2) No hay ideología sino por y para sujetos. La ideología es el campo en el cual los individuos concretos son reclutados como sujetos por la ideología. Pero, a su vez, debemos decir que los individuos son abstractos respecto de los sujetos: no hay algo así como puros individuos, sino que todo individuo existe especificado por el orden de una práctica informada por la ideología. Todo individuo es siempre ya-sujeto: sujeto sexuado, perteneciente a una clase, investido de una serie de expectativas sociales, etc. Desde esta perspectiva la relación entre sujeto y sentido puede repensarse desde Althusser como rituales de reconocimiento ideológico que ejercen una función de garantía mediante la producción de la evidencia de una actualidad y contemporaneidad eterna del sí mismo consigo mismo:

De esto se sigue que, tanto para usted como para mí, la categoría de sujeto es una “evidencia” primera (las evidencias son siempre primeras): está claro que usted y yo somos sujetos (libres, morales, etc.). Como todas las evidencias, incluso las que hacen que una palabra “designa una cosa” o “posea una significación” (por tanto, incluso las evidencias de la “transparencia del lenguaje”), ésta –que usted y yo somos sujetos y que

eso no es ningún problema- es un efecto ideológico, el efecto ideológico elemental. Lo propio de la ideología, en efecto, es el imponer (sin que se advierta, se trata de “evidencias”) las evidencias como evidencias, que sólo podemos reconocer y ante las cuales sólo nos queda la natural e inevitable reacción de exclamar (en voz alta o en el “silencio de la conciencia”): ¡Evidente! ¡Exacto! ¡Verdad! (Althusser, 2011: 140)

¿En qué sentido, entonces, afirmamos que la evidencia ideológica tiene la forma de la contemporaneidad? Esto es verdadero sólo parcialmente. Desde “adentro” de la ideología (permítasenos esta expresión por un momento, sin perder de vista que la ideología, en tanto práctica material sometida a la lucha de clases es “puro afuera”) todo confluye a un mismo centro: todo sujeto se identifica con su propia e irrepetible individualidad puesto que puede decir: “yo soy yo, aquí ahora, diciendo esto que digo con toda intención, y puedo reconocermé en esta intención”. En la ideología, los términos individuo, yo y sujeto, aparecen como elementos contemporáneos, centro en torno al cual se organizan las evidencias de que cada uno es dueño de su discurso y que significa con él exactamente lo que quiso decir (Ver Althusser, 2014). Pero esta unificación de tres términos heterogéneos tiene su razón de ser en procesos que son por completo exteriores al sujeto, lo cual sólo es visible cuando se abandona la perspectiva del sujeto. Justamente lo que pone de relieve Althusser es que los individuos no son sujetos por naturaleza. Entonces, debemos pensar que estos tres términos (individuo, yo y sujeto) están siempre desfasados, y que la ideología funciona sólo a condición de producir la evidencia de su eterna coincidencia.

Ahora bien, ¿cómo se producen estas evidencias? La cita anterior nos ofrece una pista fundamental: si las evidencias ideológicas fundamentales nos refieren a las evidencias de la transparencia del lenguaje, a la coincidencia ficticia entre el sujeto del enunciado y el sujeto de la enunciación, entonces el modo específico en que la ideología articula y se articula con las prácticas sociales está vinculado con el discurso. Es en el nivel del discurso, mediante los mecanismos de interpelación ideológica, que el individuo es reclutado por la ideología. Vemos entonces que el discurso es la materialidad sobre la cual la ideología trabaja para producir sus evidencias.

IV. Conclusiones

El concepto foucaulteano de “formación discursiva” no puede pretender ser operativo a menos que descansa sobre la base de una teoría del modo específico en que las prácticas discursivas se articulan con su exterior histórico en un orden de causalidad propio, pues de lo contrario se corre el riesgo de caer en un formalismo similar al del estructuralismo³. En suma, para desarrollar una teoría de las prácticas discursivas hace falta relacionarlas con el resto de las prácticas sociales, explicando los procesos por los cuales el sujeto hablante toma posición respecto de las representaciones y las posiciones de las cuales es soporte. Dicha relación es justamente lo que se encuentra teorizado en el marxismo. Será Pêcheux, fundamentalmente en *Las verdades evidentes. Lingüística, semántica y evidencia* (2016) quien, al recobrar la teorización althusseriana de la ideología como el lugar en que los *individuos* son interpelados como *sujetos*, desarrollará una teoría de los procesos discursivos por los cuales los individuos son constituidos como sujetos del discurso. A este respecto, Pierre Macherey afirma que

El propósito de Michel Pêcheux ha sido asignar a estas investigaciones un estrato diferente que el de la lengua y del lenguaje, el del discurso, con modalidades propias de funcionamiento, que ponen en juego un determinismo histórico social cuyos efectos se cruzan o interfieren con aquellos producidos por los mecanismos de la lengua y los juegos del lenguaje, modalidades productoras de efectos de sentido constatables y analizables. Es sobre la base de los procesos discursivos así especificados que se puede finalmente repensar la ideología, productora del efecto sujeto, en la medida en que se articula con los mecanismos del discurso, productores del efecto de sentido. Se establece así la cadena lengua-discurso-ideología-sujeto-sentido (Macherey, 2014: 16/7)

³ Debemos decir que Foucault llegó a percibir estas dificultades, lo que lo llevó a abordar el estudio de un conjunto de fenómenos que correspondían a lo que los marxistas denominaban “superestructuras” (articulación de prácticas jurídicas, las ciencias humanas comprendidas como “ciencias blandas” y las transformaciones en las prácticas económicas) en *Vigilar y Castigar* (2008a). Sin embargo, aún allí la cuestión del significante y la cuestión de la relación entre las reglas lingüísticas y otras reglas de formación de enunciados permanece elidida. Sobre la relación de los desarrollos de Foucault con la temática de la reproducción ver Montag (2009.)

Bibliografía

- Althusser, L. (1974). Para una crítica de la práctica teórica. Respuesta a John Lewis. Madrid: Siglo XXI
- Althusser, L. (2011) “Ideología y aparatos ideológicos del estado” en La filosofía como arma para la revolución, México: Siglo XXI
- Althusser, L. (2014) Psicoanálisis y ciencias humanas, Buenos Aires: Nueva Visión
- Althusser, L. (2017) *Ser marxista en filosofía*. Madrid: Akal
- Althusser, L. y Balibar, É. (2012) *Para leer El Capital*, México: Siglo XXI
- Benveniste, E. (2011) *Problemas de lingüística general*, México: Siglo XXI
- Castro, E. (2011) Diccionario Foucault: temas, conceptos y autores, Buenos Aires: Siglo XXI
- Foucault, M. (1996) El orden del discurso, Madrid: La Piqueta
- Foucault, M. (2008b) *Vigilar y castigar*, Buenos Aires: Siglo XXI
- Foucault, M. (2008a) La arqueología del saber, Buenos Aires: Siglo XXI
- Haroche, C., Henry, P. y Pêcheux, M. (1971) “La sémantique et la coupure saussurienne: Langue, langage, discours”, Paris Langages, Année 1971, Volume 6, Numéro 24 pp. 93 – 106 disponible en http://www.persee.fr/doc/lgge_0458-726x_1971_num_6_24_2608
- Henry, P. (2013) *A ferramenta imperfeita*, Campinas: Unicamp
- Karczmarczyk, P. (2014) “Estructura, discurso y subjetividad” en (Karczmarczyk comp.) *El sujeto en cuestión: Abordajes contemporáneos*. La Plata: UNLP: FaHCE. Disponible en: <http://www.libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/29>
- Lecercle, J. J. (2008) “Marxism and language” en *Critical companion to Historical Materialism*, Bidet ed. Vol. 16, NV: Leiden
- Lecourt, D. (2007) Para una crítica de la epistemología, México: Siglo XXI
- Macherey, Pierre (2014) "Lengua, discurso, ideología, sujeto, sentido: de Thomas Herbert a Michel Pêcheux," *Décalages*: Vol. 1: Iss. 4. Disponible en: <http://scholar.oxy.edu/decalages/vol1/iss4/17>
- Malidier D., Normand C. y Robin R. (1972) “Discours et idéologie : quelques bases pour une recherche” , en *Langage et histoire*, N°15, pp. 116-142.
- Marx, K. (2012) El capital. Tomo I. México: Fondo de Cultura Económica
- Montag, W. (2009) “‘El alma es la prisión del cuerpo’: Althusser y Foucault, 1970-1975”, en Youkali, n° 8, dic. 2009, pp. 155-169; disponible en: <http://www.youkali.net/Youkali8-ClasicoMontag.pdf>
- Pêcheux, M. (2016) *Las verdades evidentes. Lingüística, semántica, filosofía*, Buenos Aires: CCC Ediciones
- Saussure, F., (1985) *Saussure y los fundamentos de la lingüística*, estudio preliminar, selección de textos y traducción por José Sazbón, Buenos Aires: Centro editor de America Latina

